

## LA MÚSICA Y LOS CHICOS

Cuando nos disponemos a pensar la música con relación a los niños, quizás, lo primero que tenemos que hacer es descartar el tema de encararla como “un recurso más”. ¿Por qué?, porque en la infancia, la música, no es algo exterior sino que constituye un elemento fundamental de su estructura. Y está muy bien dicho “fundamental”, porque es ella, la música, quien comienza a fundar la vida de cualquier niño. Pensemos en el bebé, recién nacido, tal vez antes de cualquier palabra, lo primero que perciba con cierta continuidad sea una nana, un arrorró, con letra o simplemente tarareado o apenas susurrado. Esa melodía ancestral será la que lo calme, la que lo duerma, la que le grave en la memoria el amor paciente de la madre, el padre, la abuela...Reconocerá sus voces desde un simple, continuo, melodioso tarareo. Pareciera ser que la “palabra” inicial, más que dicha es cantada, que ese imperceptible hilo comunicante que establece las primeras relaciones entre los hombres no se traducen con letras sino con signos de pentagrama. Su primer juguete es también un instrumento musical, “el sonajero”. Y de ahí en adelante crecerá siempre al son de una vida que marcha rítmicamente. Descubrirá sus manitas cantando “*qué linda manita que tengo yo, que linda manita que Dios me dio*”. Sentirá la lluvia pensando en *la vieja está en la cueva...* Y le dirá a la luna *cascabelera*. Más adelante (ahora entre los dos y tres añitos) comenzará el Jardín, y allí todo lo hará cantando, lo descubrirá cantando, lo aprenderá cantando, lo jugará cantando. Por eso, no es un dato menor que hayan desaparecido las rondas, no, es un dato que habrá que pensarlo con cierta gravedad, con la gravedad que encierra todo aquello que nos cuestione **¿qué queda en lugar de lo que falta?** Pero bueno, los chicos se la rebuscan muy bien, cantan con sus músicos preferidos, surgen nuevos cantitos para algunos juegos de palmas, cantan para alentar a su equipo favorito, cantan, cantan..... Como si el cuerpo no pudiera desprenderse de lo rítmico para crecer. Como si se reconociese aquel remoto pasado de las nanas que nos unían con el mundo de lo creado, de lo familiar.

Pensar una infancia sin música es una contradicción. Y, visto a la distancia, desde la vida adulta, podemos hasta afirmar que la infancia *es la música de la vida*. Aún cuando un chico tenga una infancia muy triste o trágica, él se las rebuscará para jugar, porque cuando juega crea otro universo, el que quiere para vivir, por eso siempre será la música de la vida.

Entonces, por todo esto, cuando pensamos en llevarle “lo musical” a los niños tenemos que saber que no le damos nada nuevo ni nada ajeno, ni nada exterior, sino que estamos compartiendo con ellos lo más elemental de sus vidas, lo más propio. No introducimos nada, sino que sacamos lo que está en ellos con más vigencia que en cualquiera.

Todos los núcleos de interés del chico se acompañan de lo musical: lo afectivo, lo fantasioso, la alegría y las ganas de pasarla bien, los valores, lo sagrado.....

En un mundo cargado de ruidos, donde la música popular está siendo reemplazada por la música enlatada o de consumo, donde una moto a toda velocidad destruye impunemente el sueño que plasmó una canción de cuna, en este ahora que nos toca vivir, los que trabajamos con niños tenemos la responsabilidad de cuidar su mundo musical, porque según lo

expresamos parece ser fundamental en su desarrollo. Y más aún si la tarea que tenemos con los chicos tiene que ver con la presentación de lo sagrado, de lo trascendente, donde todo se traduce en un dar gracias permanentemente, en sentirnos unidos y hermanos, en saber pedir perdón, en conocer a una Mamá del cielo que me cuida y me ama y a un Señor Jesús que ha sido, es y será el único canto que el Padre quiere escuchar y con quien tenemos que identificarnos, para cantar la misma canción , para afinar a su son.

¿Cómo puede decirse mejor que *el amor de Dios es maravilloso...* que con la canción que sabemos tan de memoria? O que en nuestra vida hay *un río de vida...* y *que tengo en casa a mi mamá, pero mi mamá son dos...* Cómo podré acercarme al Dios omnipotente, misericordioso y todopoderoso sino con todo el cuerpo, con un cuerpo que hecho música se diga danza. Quizás los grandes hemos perdido la noción de la importancia de todo esto, quizás no hayamos crecido lo suficiente en la niñez espiritual, y por eso le restemos importancia, bastaría escuchar muchas veces: *vienen con alegría Señor...* para darnos cuenta lo lejos que estamos de ese crecimiento. Entonces también nos estaremos alejando de la Palabra, nuestro silencio no será silencio sino mudez, porque es en el verdadero silencio donde descansa la música, se necesita de una percepción sensiblemente aguda para escucharla y manifestarla, es el don propio de los músicos, y la escucha atenta del contemplativo , que tal vez no la traduzca en notas pero sí la en plegaria. Aquél que se da cuenta que toda la vida tiene música, porque nació con una nana, creció en una ronda, se enamoró en una balada, envejeció con un tango y murió con un suspiro, y lo que le espera es *una música infinita*

Quizás no sepamos cantar ni tocar ningún instrumento, pero la técnica para algo sirve, tenemos muchas formas de cantarle a Dios con los chicos, más que saber de música hay que vivirla.